

América Latina desde el discurso del poder

*Carlos E. Luna Cortés**

Introducción

Bajo el signo de la integración iberoamericana, los días 18 y 19 de julio de 1991 se reunieron en Guadalajara 23 mandatarios de 21 países de habla española y portuguesa. La Primera Reunión Cumbre Iberoamericana, convocada por el presidente Carlos Salinas de Gortari, concluyó con la Declaración de Guadalajara y la constitución de la Conferencia Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países de América y Europa de lengua española y portuguesa.

La reunión, primera en su tipo desde la constitución en el siglo XVI de esa entidad geográfica, histórica y cultural que llamamos Iberoamérica, puede considerarse un éxito para la diplomacia mexicana y para la imagen interna y externa del presidente Salinas. Los frutos prácticos del proceso de la integración y los beneficios concretos que este proceso traiga consigo para los países ahora reencontrados, habrá que esperarlos con un moderado optimismo y con las reservas inevitables del caso.

Independientemente del avance real alcanzado en el camino de la integración, la cumbre constituyó un espacio discursivo de primera importancia para la construcción del significado social de América Latina. El presente trabajo es un intento por documentar ese significado desde el discurso del poder; es decir, desde el conjunto de versiones, interpretaciones y programas de acción que los mandatarios latinoamericanos formularon durante la reunión cumbre en sus discursos oficiales.

La política internacional es un juego con sus reglas y sus códigos. El discurso político es parte de ese juego. Los actores del juego se desempeñan desde sus respectivas posiciones, cada uno apoyado en sus recursos políticos, económicos y culturales; pero también con una estrategia discursiva particular, es decir, mediante un uso específico del lenguaje a través del cual se escenifica el juego. Es a través del discurso como los actores van construyendo la significación de la realidad en un proceso constante de negociación. En esta significación están implicadas versiones, interpretaciones y valoraciones de la realidad y, en consecuencia, orientaciones para la acción. El discurso no es, en este sentido, un aderezo del juego o su mero reflejo, sino un componente central.

Cuando el discurso es el discurso del poder, adquiere una significación especial; no sólo porque en él se expresa una voluntad acompañada de los recursos para la ejecu-

ción, sino porque se convierte en punto de referencia inevitable del juego.

Analizar el discurso del poder es una buena manera, aunque no la única, de comprender el juego en el que, queramos o no, estamos involucrados.

La materia prima de este análisis fueron los discursos de los 19 mandatarios latinoamericanos asistentes a la reunión, de acuerdo con las versiones estenográficas publicadas en la prensa. Estos discursos fueron trabajados con base en un esquema producido a partir de una primera revisión de los textos, en un esfuerzo por identificar y recoger los elementos de la agenda comunes a todos los casos o, por lo menos a la mayoría. Tratándose de discursos altamente protocolizados, restringidos en su tiempo y determinados por las condiciones mismas de la reunión, la identificación de estos elementos no fue difícil. Casi en todos los casos fue posible reconocer elementos discursivos sobre la constitución histórica de América Latina, los problemas y retos que la aquejan y se le presentan, el entorno internacional y los caminos de la integración.

Antes de presentar los resultados del análisis, es necesario enfatizar el hecho de que el objeto del trabajo no es América Latina, sino un discurso particular sobre ella, aquel que surge de los poderes legalmente constituidos en el marco de una reunión que, como todas las de este tipo, impone límites a lo que puede decirse pública y oficialmente.

El pasado: entre el encuentro y la conquista

El supuesto que convocó a la reunión y que integró la lista de los países asistentes fue el de la identidad histórica. De una u otra manera, todos los mandatarios participantes hicieron referencia a este supuesto y explicitaron la conciencia de esta identidad. Sin embargo, el contenido y los datos históricos en los que la concepción de esta identidad se apoyó difirieron significativamente. La tendencia general estuvo marcada por la valoración positiva de los procesos históricos que constituyeron lo que ahora conocemos como América Latina. Dentro de esta tendencia no

crecimiento demográfico fuera de control, y enfermedad provocada por el hambre y las condiciones de insalubridad. Dentro de este marco general se enfatizaron algunos problemas que afectan de manera especial a algunos países en lo particular. El colombiano César Gaviria, por ejemplo, hizo referencias explícitas al terrorismo y se extendió en el análisis del problema del narcotráfico; Alberto Fujimori, de Perú, enfatizó el gasto en armamentos con el consecuente desvío de recursos para programas de índole social; Violeta Chamorro, de Nicaragua, la única mujer en la cumbre, y Leonardo Callejas, de Honduras, hicieron mención de los conflictos centroamericanos. Los mandatarios de Guatemala y Bolivia plantearon la marginación y explotación de las comunidades indígenas.

El reconocimiento explícito y recurrente de los graves problemas de la región vino acompañado, en el lado del haber, de una relación no menos enfática de los procesos económicos, políticos y sociales que están cambiando la faz de los países y de la región en su conjunto. Como era de esperarse, este capítulo de la cumbre sirvió a más de un presidente para el señalamiento de los logros alcanzados por su gobierno y la promoción de sus políticas y estrategias.

Entre las tendencias generales en las que Carlos Salinas descubrió el camino al progreso evidente y duradero se encuentra el programa de modernización que él ha encabezado en México:

Se abren las economías, se reforma el Estado, se democratiza la política, se propone explícitamente la justicia, se alienta la inversión privada, nos integramos hacia adentro y con el resto del mundo, se modernizan los sectores productivos.

Collor de Mello celebró también el camino de la modernidad que ha empezado a transitar el país más grande del subcontinente:

Reconstruimos con perseverancia la democracia pluralista, [...] estamos abriendo nuestras economías haciéndolas más competitivas. Participamos en distintos niveles pero con el mismo objetivo en los esfuerzos regionales y subregionales de integración.

Al reconocimiento del proceso de integración como un componente central de la vocación latinoamericana y como una realidad vigente, aunque mejorable, se sumaron el argentino Carlos Saúl Menem: "Los americanos sabemos de un rumbo que muchas veces fue difícil, pero que nunca perdió el horizonte de la integración", y su tocayo, Carlos Pérez, de Venezuela, quien repasó las instancias formales de ese camino: "el SELA, la ALADI, el MERCOSUR, el Pacto Andino, la Comunidad Centroamericana, el CARICOM, el Grupo de los Tres, y el Grupo de Río, son la

expresión política de la voluntad inexorable de la integración latinoamericana."

Otros mandatarios, en cambio, reconocieron como los aspectos más positivos del presente latinoamericano los significativos avances en la democracia. Entre ellos se encuentran los presidentes de algunos países que están dejando atrás la dictadura militar. Patricio Aylwin, presidente de Chile, a pesar de la ominosa presencia de Pinochet en su país, ubicó al proceso latinoamericano dentro de las tendencias fundamentales del mundo, la primera de las cuales es "el avance asombroso de la causa de la libertad" y la consolidación de la democracia. Luis Alberto Lacalle, presidente de Uruguay, la Nación Oriental, fue más enfático y directo:

Mi país en 30 años sufrió el atentado de las minorías totalitarias guerrilleras, sufrió el gobierno totalitario del proceso militar y resurgió mediante el voto secreto, el arma preferida de los orientales, a la legitimidad en 1985.

La democratización fue también reconocida explícitamente y en nombre de todos los países centroamericanos, como una realidad irrenunciable, por el presidente hondureño Leonardo Callejas:



Si queremos garantizar el nuevo orden no debemos olvidar el pasado. No puede haber privilegiados guardianes de la legalidad internacional, de la paz mundial o de los principios fundamentales. Estos no son tiempos para la arrogancia. Al terminar la guerra fría nadie más que los valerosos pueblos de la Europa Oriental puede atribuirse la victoria.

Aunque nunca se le mencionó por su nombre, la advertencia de Gaviria apuntó ya claramente hacia el nortño vecino. Sin embargo, Fidel Castro, presidente del país que probablemente ha sido el más agredido por ese vecino en la historia reciente de América Latina, formuló el obstáculo fundamental que, a su juicio, enfrenta la región en sus afanes independentistas:

Las grandes potencias económicas no tienen amigos, sólo intereses. El mundo marcha en una dirección todavía peor: la hegemonía política mundial de una superpotencia que muchas veces se ha excedido en el uso de la fuerza.

Así, entre la celebración del fin de la guerra fría, el llamado a los países ricos para que no se olviden de nuestra región, el recordatorio de la confrontación nort-sur y el señalamiento directo del principal obstáculo de la convivencia internacional, los mandatarios reconocieron, cada quien a su modo, la debilidad de América Latina ante un entorno internacional que la rebasa y escapa a su control.

Los retos del futuro

Los retos que en opinión de los mandatarios enfrenta América Latina para construirse un futuro mejor que su presente, se corresponden en conjunto a la manera como fue formulada la problemática regional, tanto en sus aspectos de índole interno como en su ubicación en el escenario mundial.

De todos los referentes del discurso latinoamericano en la Cumbre, es el camino hacia el futuro el que mereció más elocuencia, pero al mismo tiempo, más generalización y, en consecuencia, menos concreción. Difícilmente pudo ser de otra manera dadas las características de una reunión inaugural, convocada más como acto ritual de reconocimiento que como espacio de discusión, acuerdo y decisión.

El común denominador fue, por supuesto, la explícita voluntad de integración como medio para superar los problemas internos y para conquistar un lugar más significativo en la escena internacional. Dentro de este común denominador, entre el eufórico grito de "¡cambio; ¡cambio; ¡cambio; ¡cambio!" del presidente venezolano y la prudente reserva de Luis Alberto Lacalle al pedir gradualidad y realismo; entre la disposición de Fidel Castro a pagar, incluso con sangre, el precio de la integración y el marco propositivo de Paz Zamora; entre la pretensión de Rodrigo Borja de encontrar la mezcla de Estado e iniciativa

privada más adecuada y la demanda de apertura comercial y flujo de capitales de Fujimori, concluyó la primera cumbre iberoamericana.

Tal vez el pronunciamiento que mejor sintetiza las aspiraciones latinoamericanas fue el de Patricio Aylwin:

Con qué satisfacción podemos hoy reunirnos en este foro los mandatarios de la soberanía popular. Son nuestros pueblos los que gobiernan. Esta comunidad, junto a otras, ha dibujado el mapa de la libertad y de la democracia en el mundo, y nuestra unión es también garantía de su permanencia; pero debe ser claro para todos que la vigencia de la libertad sólo estará garantizada en la medida en que se creen condiciones de justicia, lo que impone el apremiante desafío de derribar el muro de la pobreza y conquistar así la dignidad de los habitantes de nuestras naciones. Esa dignidad significa incorporar a todos a los beneficios de la modernidad, así como imprimirle a ésta un sustrato valoral que implique el respeto del hombre y de la naturaleza, de modo que no sólo signifique elevar el nivel de vida, sino también cuidar la calidad de vida. Esta es la gran meta que deben definir nuestros instrumentos en el escenario forjado con la creación de un nuevo orden internacional.

¿Por qué no? ■

